

A treinta años del 68: algunos vacíos y algunas influencias

*José Othón Quiroz**

RESUMEN

Como un homenaje a un movimiento que tuvo un fuerte carácter democratizador y que, en sus mejores momentos, fue plural, heterodoxo, instituyente y antiestatista, éste trabajo busca mostrar la presencia de dos sectores que formaron parte de su base de apoyo juvenil sobre los que poco se ha dicho: los estudiantes provenientes de las arelas técnicas con poca tradición de lucha y los que provenían de los movimientos contraculturales -hippies y rocanroleros-. El 68 mexicano no sólo tuvo influencias del Mayo francés sino también del movimiento estudiantil norteamericano y de los movimientos contraculturales de ese país, vetas de análisis poco exploradas.

Introducción

Los movimientos sociales después de un día ya son parte de la historia. La historia se vuelve recuerdo, el recuerdo se transforma con lo que le agrega la imaginación social. **L**Saliendo de los dominios de los campus universitarios y con el correr de los años, la sociedad les imprime sus deseos, sus fobias, sus acercamientos, sus rechazos... Ese cúmulo de experiencias vividas, cinceladas sobre hojas de arcilla, carraspeadas sobre hojas papel o guardadas en las arias de una generación, transmitidas a través de la palabra escrita o de forma oral se va metamorfoseando, se tocan con el mito y tienden convertirse en él. Difícil y prometeica tarea de los modernos mate-

*profesor-investigador del Departamento de Sociología de la UAM-A.

rialistas y sus variantes, incluyendo algunas vanguardias sesentayocheras, el querer frenar el mito. El tiempo y la apropiación social e intergeneracional de un movimiento lleva a la inevitable mitificación. Y para que la verdad no se deslave con los años y con la imposición de los impulsos míticos de la sociedad, con las verdades oficiales desde el poder o con las visiones parciales desde las vanguardias que se van instituyendo, tal vez el único esfuerzo válido sea enriquecer la información, multiplicar los enfoques, rescatar las cosas olvidadas, escribir para grabar, para mostrar la complejidad del acontecimiento y para rescatar su carácter plural.

A treinta años de distancia, al incrementar los puntos de vista y sacar a luz los aspectos no abordados, presentando nuevas facetas o mostrando la presencia de otros sectores dentro de los actores o proporcionando nuevos enfoques analíticos, lo que se busca es ampliar las opciones para que la generación que vivió esta historia, y quienes han sabido de ella sin vivirla, tengan la oportunidad de crear su propia visión, tomar sus propias posiciones y hacer sus propias conclusiones. Que la inevitable mitificación se tope con enfoques abiertos y mi amplio espectro de información y puntos de vista, para que el mito se enriquezca y se acerque más a las verdades relativas sumadas, de los muchos participantes en este movimiento, pertenecientes a una generación que soñó en convivir en la diversidad, en acabar con el autoritarismo en todos los momentos y esferas de la vida cotidiana y labora en crear un país verdaderamente democrático.

Para que no se registren únicamente las voces de los dirigentes, los testimonios de las sectas o las pragmáticas y acomodaticias ve oficiales; para que la mitificación se tope con un material más abundante, florido y sustancioso hay que aportar más información, ah más dudas, multiplicar enfoques. Ese es uno de los objetivos de este trabajo en honor a un movimiento que tuvo mucho de plural, de antiautoritario, de instituyente y, por qué no decirlo, que también soñó en alguna de sus vertientes en no convertirse en mito.

El 68 fue un movimiento instituyente. Y a pesar que los años y llegada al poder de una generación surgida de su seno lo acercan a institucionalización; a pesar de que algunos de los objetivos democratizadores se han alcanzado, todavía falta mucho para una democracia plena, por ello aún guarda vetas instituyentes y contestarías descubrir; vetas libertarias y anticorporativas que surgieron de radicalidad utópica, del ejercicio del poder de abajo hacia arriba. i un corto verano democrático. Hay que recalcar esa faceta del movimiento, no dejar que se la coma la institucionalidad de una nueva izquierda que nació vieja y que no ha podido deslindarse claramente del corporativismo.

Por la necesidad de rescatar las voces, sueños y consignas, explícitos e implícitos hasta hoy no recogidos; porque en la heterogénea composición social del movimiento estudiantil hay sectores aún no valorados, ni incorporados al análisis de tan importante suceso; por estas y otras razones éticas, políticas, históricas y sociológicas escribo este ensayo que, como se ve, no puede estar exento de pasión.

Dos son los sectores sociales que deseo rescataren este trabajo: uno *de ellos* tiene que ver con la composición técnica del estudiantado de la época¹ me refiero a los estudiantes de las escuelas técnicas como u Facultad de Comercio y Administración. El otro sector surge de movimientos que aparecen y que se gestan paralelamente al del 68, los cuales, generalmente, han sido tratados fuera del movimiento estudiantil y, en ocasiones, hasta contrapuestos a él, me refiero a los movimientos contraculturales.² Desde mi óptica, el movimiento estudiantil toca y por momentos se fusiona con una parte de los movimientos contraculturales de la época, muchos de los que forman parte de la amplia base de apoyo juvenil del 68 participan en ambos movimientos.³

Además de este apartado, aprovecharé la oportunidad para plantear una vertiente diferente que amplía las formas de interpretar las influencias sociopolíticas y culturales en el movimiento estudiantil mexicano. Antes de emprender estas tareas expondré una breve revisión de la bibliografía más relevante escrita sobre el tema, haciendo un particular énfasis en los trabajos académicos que analizan este fenómeno.

La vertiente que pretendo abrir no es nueva, ni propia; de hecho aparece sugerida en algunos de los escritos de Carlos Monsiváis

¹ Así opinaba de los *hippies* un dirigente del CNH en 1978: "Después, la represión, la ausencia de alternativas políticamente claras y organizativamente eficaces crean el clima propicio para que muchos estudiantes caigan bajo la influencia negativa del jipismo y otras corrientes individualistas y, en definitiva, desmoralizantes, que hacen de las drogas y su consumo un culto verdadero. El movimiento estudiantil entra en una franca etapa de descomposición" (Escudero, 1978:39).

- Difícil establecer la frontera entre el movimiento estudiantil y el movimiento contracultural. Ambos eran movimientos juveniles de disidencia, se proponían cambiar el mundo, uno desde los espacios y momentos de la vida cotidiana, otro desde la plataforma escolar. Una de las diferencias entre ellos podría ser que el primero privilegiaba la identidad escolar y el futuro ocupacional y el segundo la identidad existencial y los cambios en la vida cotidiana. En la práctica, ocupación y modo de vida podían coincidir. En ciertos sectores del movimiento estudiantil no había ningún problema en ser *hippie* politizado o brigadista rocanrolero.

³ La identificación de sectores del movimiento contracultural con el movimiento estudiantil se pone en crisis después de la matanza del 2 de octubre. Ante la violencia y la estigmatización por parte de militantes dogmáticos, algunos *hippies* y rockeros vuelven a su modo de vida original, se alejan o son alejados del movimiento estudiantil. Lo cierto es que ambos movimientos sufren los embates del Estado que, en 1971, reprime a los estudiantes el 10 de junio y sataniza el concierto de rock en Avándaro; a partir de ese momento inició la persecución de *hippies* y rocanroleros (Cfr. Agustín, 1996:85).

(1970) sobre el tema. Tiene que ver con el sesgo que tomaron los acontecimientos en México y las relaciones y cercanía con Estados Unidos, por un lado, y la tradición intelectual mexicana que acudía Europa continental, principalmente a Francia, para la búsqueda de comparaciones, influencias y acervos interpretativos.

Los tres libros sociológicos que abordan el tema parten de la tradición intelectual europea para analizar el movimiento; en el libro de Zermeño (1978) está presente Alain Touraine; en el de Enrique (la Garza, Tomás Ejea y Luis F. Macias (1986) está presente Carlos Marx, y en el de Cesar Gilabert (1993), un enfoque teórico análisis del imaginario sociopolítico, montado sobre autores en mayoría franceses y europeos.

La tradición teórica de Europa continental es la referencia mayoritaria que encontramos en cualquier análisis sobre el 68. El empirismo inglés y norteamericano es dejado de lado. Si bien la excelente reseña de Carlos Fuentes sobre el Mayo francés fue la primera referencia escrita que tuvimos a la mano en el momento en que los sociales y las movilizaciones desbordaban nuestra propia imaginación, también es cierto que la "cultura política" de un importante sector de los movilizadores provenía de los medios masivos de comunicación. La radio, la televisión y el cine nos mostraban imágenes las movilizaciones de los estudiantes norteamericanos en California del surgimiento de los movimientos contestarios como el de *hippies*, de los *yippies* y de la cultura pop que venía de Inglaterra o del Greenwich Village neoyorquino.

A través de carteles, música, películas inglesas sobre la vida del héroes del *rock and roll* e incluso algunas comedias hollywoodes -que no podían evitar presentar a la adolescente fresa que salía con el activista político a los *sit-ins* contra la guerra de Vietnam-, se fue constituyendo una atmósfera intelectual que abarcaba a grandes públicos; actitudes, valores y formas de vida contestarios pasa formar parte del imaginario instituyente de una juventud que vivió primeros embates de la internacionalización de las relaciones culturales, a través de los nuevos medios de comunicación, eso que hoy conocemos como globalización. La reticencia de algunas guardias del 68 para buscar referencias en el movimiento estudiantil norteamericano y la contracultura sesentañera se fundaba, entre otras cosas, en las posturas ideológicas nacionalistas y antiimperio. Los Doors eran igualmente censurados por los padres autoritario la época y por los dirigentes de algunas sectas marxistas, versiones leninistas o maoístas.

Cuando el movimiento estudiantil fue hegemonizado por las vanguardias politizadas, se intentó darle un sesgo popular o de clase

movimiento de la clase media radicalizada.⁴ Las demandas se transformaron y se comenzaron a crear los epítetos sectarios para calificar a quienes, además de haber creído en las demandas democratizadoras del movimiento, intentaban incorporar sus propias demandas sectoriales; demandas radicales que después recogieron los movimientos sociales de los noventa (feministas, chavos banda y rockeros, ecologistas y pacifistas). Todo lo que sonara a rock era estigmatizado, las necesidades relacionadas con la democratización de la vida cotidiana eran consideradas como pequeñoburguesas y propias de países del "Primer Mundo", con problemas que no tenían nada que ver con el explotado "Tercer Mundo" al que pertenecíamos.

Lo que en su momento más esplendoroso fue abierto y plural, se fue sectarizando. Los sectores dentro de la heterogénea composición social y cultural del movimiento se fueron reduciendo, se aplicó el filtro de la "conciencia de clase" y muchos se alejaron del movimiento. Las visiones y demandas de los que formaban la base de apoyo juvenil sin pertenecer a la izquierda, no fueron recogidas a la hora de realizar los análisis globales o particulares. Además de perderse un sector importante de seguidores, al no tomarlos en cuenta, la riqueza que implicaba el conocimiento de la heterogeneidad de acciones y puntos de vista también se perdió o fue relegada a segundo término. Los enfoques y posibilidades de análisis se fueron reduciendo en un embudo donde al final sólo quedó el marxismo⁵ en algunos casos reducido a sus vertientes más esquemáticas y dogmáticas.

Reabrir las vetas de análisis, voltear la mirada al norte y colocar el 68 mexicano, con sus propias especificidades, entre París y California, es otro objetivo de este trabajo, pensando que con ello se enriquece la información, los enfoques, la diversidad de los protagonistas analizados. La institucionalización y la mitificación son procesos históricos sujetos a la investigación, al descubrimiento y a la ampliación de las fuentes de información. El ritmo y los sesgos de la institucionalización y la mitificación se pueden intervenir a través de la publicación, distribución y discusión de materiales nuevos y de análisis desde diferentes ópticas; son procesos irreversibles pero susceptibles de ser

⁴ Se defendían las versiones más atrasadas y esquemáticas del marxismo, se desaprovechaba lo más valioso. Si bien no se podía ubicar a los estudiantes como clase, sí se les podía tratar como fuerza de trabajo potencial, pues algunos de ellos ya eran profesionistas asalariados y vivían una crisis de cambio de estatus. Después del 68 muchos de ellos participaron en procesos de sindicalización de diversos sectores de trabajadores de servicios.

⁵ A México llegaron las versiones más ortodoxas del marxismo francés. Ni el obrerismo italiano, o las posiciones de la nueva izquierda inglesa, mucho menos el marxismo libertario tuvieron la atención editorial que merecían. A la proliferación de los manuales soviéticos, le siguieron los libros de los althousserianos franceses -neodogmáticos y esquemáticos- como el marxismo manualero de Martha Harnecker, también althousseriana.

influidos a través de la multiplicación de los estudios y de los enfoques, del descubrimiento de nueva información en aras de hacerle justicia a ese 68 democratizador, heterodoxo, plural, instituyente y autonomista que algunos descubrimos y a los que nos adherimos al calor del movimiento.

Hay muchos setentayochos, tantos y tan diversos como su composición social o como los diferentes momentos que vivió el conflicto o los diversos enfoques según la óptica y la posición de dirigentes, brigadistas o base estudiantil, etcétera. Hay material suficiente para sedimentar el 68, para convertirlo en roca y en parte del imaginario institucional, para justificar los enfoques autoritarios, ortodoxos, sectarios institucionales y corporativos, pero, afortunadamente, también hay seres, documentos, recuerdos alternativos y posibilidades de darlos a conocer para que esto no suceda.

Escribiendo el 68: entre los testimonios y los análisis

Lo que se ha escrito sobre el movimiento estudiantil de 1968 se mueve entre los testimonios y los escasos análisis sobre el acontecimiento. Con *La Noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, se inauguró la costumbre de recopilar y publicar testimoniales para salir en la foto de la historia (Cazés, 1989 y Iardón, 1998). Esta práctica se ha convertido en un escaparate narcisista que poco aporta a un análisis más abierto y menos sectario e individualista del movimiento estudiantil.

Al principio prevalecían los testimonios de los dirigentes (Poniatowska, 1971). A pesar de lo valioso, emotivo y oportuno de esta recopilación testimonial, al privilegiar las voces de los líderes se hacía una historia desde la óptica individual de los dirigentes, una reconstrucción del pasado de arriba hacia abajo. Lo que por la novedad y la oportunidad fue un recurso positivo y valioso en su momento, se ha convertido en un recurso usado indiscriminadamente por grupos de amigos y restos de viejas sectas partidarias que hacen recopilaciones de sus opiniones y experiencias como parte del sector politizado de la izquierda dentro del movimiento estudiantil. Si esta práctica estuviera enmarcada en un proyecto más amplio de recuperación de historia oral del movimiento sería más importante y útil; como recopilaciones aisladas sólo tienen el valor relativo de ser fuentes parciales de información.

Durante los primeros aniversarios de la matanza del 2 de octubre se repitieron las revistas con opiniones de los dirigentes, voces que se iban institucionalizando en rituales anuales o de cada década (Escudero, 1978 y Nexos, 1988). Lo que al principio resultaba interesante y era un ejercicio sano de crítica y autocrítica, hoy se ha convertido

en un rito repetitivo donde esas voces buscadas por los medios de comunicación se van convirtiendo en instituciones, voces "autorizadas" que se enfrasan en cíclicas discusiones sobre "lo que pudo haber sido y no fue", o en deslindes entre dirigentes "sobre las traiciones de unos y la pureza revolucionaria de otros" (Arriaga y Zenzes, 1988:36); tales versiones ya no aportan información relevante ni análisis que enriquezcan la reflexión social de un movimiento que, en su días de auge, más que dirigentes tuvo coordinadores que procesaban las Demandas y propuestas de los brigadistas y de las asambleas generales de las escuelas y facultades involucradas en el conflicto.

En cuanto a las recopilaciones documentales no podemos dejar fuera el excelente trabajo, de Ramón Ramírez y que hoy es un libro imprescindible (1969). Volviendo al tema de las fuentes, así como se podría emprender una labor colectiva para recuperar la historia oral ¿el movimiento, también se podría hacer lo mismo con las colecciones de documentos y carteles que muchos seguramente guardan en archi--personales.

La narrativa también nos ha proporcionado materiales importantes, partir de ella se hicieron libros y crónicas que recogieron la atmósfera que se vivió durante aquellos años. En 1970 se publica *Días de guardar*, donde aparecen varias crónicas relacionadas con los sucesos de 1968 (Monsiváis, 1970). Al año siguiente es publicada la imprescindible novela testimonial *Los días y los años* de González de Alba (González, 1971). Octavio Paz se ocupó del tema en *Posdata*, Paz, 1971). Hay un número de *Vuelta* (1978) que recopiló interesantes opiniones que con una inusitada visión heterodoxa, crítica y plural hablan del 68 en México y el mundo. Hubo una de esas revistas de vida efímera, *Vía Libre* (1988), que es uno de los raros ejemplares que trata sin autocomplacencias y desde ópticas y facetas poco comunes el tema del 68.

Pero pasemos a lo que más puede interesar a la academia que reflexiona sobre el acontecimiento. En realidad, como ya lo mencioné principio de este ensayo, sólo hay tres libros que tratan el tema con lirada y las preocupaciones de un investigador y con las herramientas provenientes del campo de las ciencias sociales. El más acucioso y más completo, así como el más atrevido en su época, ya que evitó caer en las interpretaciones facilistas del marxismo ortodoxo o de mal, que tristemente se había convertido en el discurso predominante de algunos espacios de la academia post sesentayochera; con lío a la sociología de Alain Touraine, Sergio Zermeño hace una análisis histórico-sociológico del conflicto, sus actores, sus acciones demandas, que polemiza con la visión "clasista" del movimiento estudiantil como parte de la revolución proletaria. Sigue siendo la obra

más completa sobre el conflicto y la más documentada y sugerente en sus análisis y conclusiones.

Hay un segundo trabajo, el de De la Garza, Ejea y Macías que, desde una perspectiva marxista, analizan al movimiento estudiantil del 68 como un movimiento nacional, con antecedentes en movimientos realizados anteriormente en universidades de diversos estados de la República. Además de estudiar el movimiento del 68, su investigación abarca el período de la radicalización de diversos movimientos que dieron lugar a universidades con autoridades de izquierda, durante la década que siguió al 68.

El tercer trabajo elaborado, también por un sociólogo, César Gilambert, es una interpretación, a veinticinco años de distancia, del movimiento estudiantil a partir de un marco de análisis al que el autor le dedica la mitad del libro. El resto es una revisión del 68 tratando de ubicar mitos, captar la subjetividad del movimiento y hacer un análisis del imaginario sociopolítico de la época, basado en documentos, declaraciones o testimonios de los dirigentes y artículos y libros publicados sobre el tema.

Si hacemos un balance del escrito sobre el 68 y de los análisis sociológicos, encontramos una clara presencia de dos tipos de fuentes: Las documentales y testimoniales de primera mano, y las fuentes de segunda mano que provienen de los periódicos nacionales y de la prensa marginal de partidos o grupos políticos y una infinidad de artículos y libros. En lo que se refiere a los sujetos del análisis, debido tal vez a la dificultad para captar la visión de la gran base joven del movimiento, sobre todo por su heterogeneidad y dimensiones (Zermeño, 1978:120), la mayoría de los estudios recurren a las fuentes que reflejan el punto de vista de los dirigentes, quienes forman parte del sector politizado de la izquierda y provienen de ciertas escuelas y facultades del ala de Humanidades de la Ciudad Universitaria (Filosofía y Letras, Economía, Ciencias Políticas, Facultad de Ciencias y Derecho), de las escuelas más politizadas del Politécnico (Escuela Superior de Economía, Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica), de la Normal y de la Escuela de Agricultura de Chapingo.

En lo que se refiere al tratamiento de los diversos sectores que intervinieron en el movimiento -sector profesionista, gran base de apoyo joven y sector politizado de izquierda- (Zermeño, 1978), el primero que le da espacio a otros sectores de la amplia base joven de apoyo es Carlos Monsiváis. Con fuentes de inspiración e influencia diferentes a los de los sectores politizados de la izquierda o del sector profesionista, contrasta sus diferentes formaciones;

unos pertenecientes a una nueva vieja izquierda que transitaba "de los círculos de estudio con manuales soviéticos a los cine-clubes que exhiben *La sal de la tierra* y *El ojo de la tempestad* a la revista radical que no llegó a su segundo número a los ensayos (no publicados) sobre Ingreso Nacional y Desarrollo. Otros tienden de la influencia múltiple, de los botones y las canciones de protesta. Horas oyendo a Peter, Paul y Mary que cantan *Blowin' in the wind*, a Bob Dylan que agita con *The Times Are A-Changing*, a Pete Seeger que le otorga impulso épico *We Shall Overcome*, a Joan Baez que predica con *With God in Our Side* (n.º 1970:232), y podríamos añadir que al incorporarse al movimiento *¿-¿n* con igual entusiasmo a Marcuse y a Sartre, a Cohn Bendit o a Abbie Hoffman, a Monsiváis, Carlos Fuentes y Octavio Paz como una aproximación a la lectura sin preconcepciones. De la misma forma en que incorporaban tanto la transformación proveniente de una Norteamérica convulsionada por los efectos de la guerra de Vietnam, como las noticias e imágenes provenientes del Mayo francés o de los movimientos contraculturales de Inglaterra.

Y todavía hace falta añadir a esa parte aguerida de la base juvenil que estudiaba en las vocacionales o las preparatorias. Y las escuelas eso no tenían una gran tradición de lucha, como el ala técnica de Ciudad Universitaria. Uno se pregunta, ¿qué hubiera pasado si no se logra que todas esas escuelas se adhirieran a los paros y que no se aglutinaran en torno a los grupos estudiantiles de derecha? En esas escuelas también hubo brigadistas y dirigentes intermedios que convencieron a sectores poco convencidos con el sesgo que tomaban los acontecimientos para que, si bien no se lograba el activismo que tenían otras escuelas, por lo menos se evitaran intentos para frenar el movimiento encabezados por el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) o los porristas de derecha.

Pero también faltan lecturas de un movimiento estudiantil de abajo hacia arriba que reflejen lo que pensaban los activistas, los brigadistas o de los estudiantes; sus opiniones sobre los dirigentes, las razones de su participación en el movimiento, sus objetivos seguramente diferenciados según las escuelas, la pertenencia a las bases, a los cuadros intermedios o a la dirigencia del movimiento.

Otros sectores: otras ópticas

Poco se ha escrito sobre la forma en que vivieron el 68 las escuelas técnicas.⁶ Las preparatorias y las vocacionales han merecido más

Las ópticas aquí vertidas son producto de apuntes, recuerdos y escritos basados en las experiencias personales como brigadista y miembro del Comité de Lucha de Comercio y Servicios. Era una facultad conservadora que contó con dos o tres profesores simpatizantes con el movimiento, de los cuales sólo uno era contador de profesión. A pesar de todo, la escuela se

atención por la épica de sus acciones. Los estudiantes de educación media fueron los guerreros que defendieron las escuelas en los primeros enfrentamientos con las fuerzas represivas del Estado. En las preparatorias, en las vocacionales, en el Casco de Santo Tomás, en Tlatelolco; contra el ejército, los granaderos o los judiciales, este sector del movimiento estudiantil fue objeto de noticias y análisis, y factor importante a la hora de la toma de decisiones pues tenía una presencia muy importante en el Consejo Nacional de Huelga (CNH) (Estrada, 1969:48).

Ver el movimiento desde las bases o brigadas de escuelas técnicas poco politizadas era diferente, aunque su formación política no distaba mucho del estudiante promedio de la época. El saber transmitido por los medios masivos de comunicación los uniformaba, a ello sumaban algunas actitudes comunes de una generación desconfiada de los líderes, de partidos y de la política en general, además de las actitudes propias de un estudiantado que, o ya trabajaba, o le urgía terminar sus respectivas carreras. En los corrillos de los pasillos o en las asambleas generales se combatían sus temores de que el conflicto durara demasiado tiempo; sus sospechas de que el movimiento mera manipulado, O de que los dirigentes se fueran a "vender", o que los cooptara el Estado como era costumbre. En general les preocupaba la interrupción de las clases que en muchos casos atrasaba su formación, lo cual repercutía en las economías individuales o familiares del estudiante.

La época más interesante y que logró cautivar a un buen número de incrédulos y calmar a los que estaban en contra del movimiento, fue la que se vivió entre la manifestación que encabezó el rector y la marcha del 27 de agosto. En cierto sentido, para muchas escuelas es el periodo más creativo y más democrático del movimiento. Fue el corto verano de la tolerancia, de la democracia de base, donde los dirigentes cuidaban su representividad y su cercanía con sus representados y las bases -desconfiadas de las costumbres heredadas del priísmo- cuidaban la actuación de sus líderes, los presionaban, los removían si no funcionaban. Es el momento en que el movimiento es más abierto; en él confluyen politizados marxistas, no marxistas, anarquistas, hippitecas, cristianos por el socialismo y cristianos sin adjetivos, libertarios y liberales, líderes de una asamblea y brigadistas de una tarde, militantes de tiempo completo -que generalmente eran

mantuvo apoyando el movimiento. De ese comité salieron: un director de la Preparatoria PopTr un dirigente del sindicato de trabajadores de la Universidad Autónoma de Guerrero, acelerados pomstas que se convirtieron en jefes de brigada en aras de la defensa de los cobres del alma mater", varios miembros fundadores del primer sindicato de trabajadores bañemos en 1972 posteriormente promotores de la sindicalización y la nacionalización bancaria en 1982, y varios militantes de partidos de izquierda (Cfr, Qutroz, 1988).

De las escuelas donde los estudiantes no trabajaban-, porros convertidos en acelerados jefes de brigada, nihilistas reciclados, etcétera. Hasta los partidos y sectas que actuaban más como individuos que como organizaciones, debido a la poca simpatía que tenían entre las bases, no pudieron ejercer su papel de vanguardias porque las bases de apoyo juvenil los rebasaron.

En la gran masa de apoyo juvenil no perteneciente a la izquierda politizada, entre las bases y los activistas cautos en relación con las guardias, cabían todas las formas de disidencia juvenil de la clase media urbana de la época, la de los hijos pródigos esperanza de los padres provincianos, la de las primeras mujeres audaces que se atrevían a igualarse en la lucha al lado de los activistas, la de algunos niños popis de escuelas particulares hastiados de la mediocridad de su existencia, la de los jóvenes comunes y corrientes angustiados porque los profesionistas liberales se convertían en profesionistas asalariados. Para todos había espacio y oportunidades de gritar sus rencores, derramar sus sueños, lanzar sus utopías contra el cielo, expresar su poesía en los muros de la ciudad (Quiroz, 1986:96).

A la par de la actividad política en las escuelas y en las calles, la vida se transformaba en todos sus momentos. Se discutía en los trabajos, en las familias o en los centros de diversión socializada. El sentido del humor y el ludismo estaban presentes en las actividades cotidianas. La fiesta desbordaba los *campus*. La sexualidad se expandía: como decía Antón Arrufat: "nuestros padres no podrían comprendemos, se amaban sin luz y con las medias puestas". Se ponían en tela de juicio los mitos que había producido la familia mexicana del desarrollo estabilizador. Se confrontaba el autoritarismo y el paternalismo desde el núcleo familiar. Como diría un anónimo miembro de la gran masa de apoyo juvenil: "el 68 fue un encadenamiento endiablado de dos planos de la realidad, el de la familia y el del Estado..." (Rodríguez, 1988:34)

Los movimientos contraculturales sobre todo el hippismo y la cultura contestataria de los rocanroleros también estuvieron presentes en el movimiento estudiantil. Muchos activistas compartían su militancia con el culto al *rock and roll* o sus posturas hippitecas. Para algunos no había ningún conflicto en formar parte de ambos movimientos, el ser joven, usar cabello largo y ser estudiante eran parte de la identidad de muchos de los miembros de la base de apoyo juvenil del 68. El movimiento marchaba al ritmo de los Rolling Stones, los Beatles, los Doors...a pesar del empeño en colocar música latinoamericana de protesta en los altavoces del Comités de Lucha. Dato curioso en pleno 68 los grupos de rock nacional cantaban en inglés, el renovado *boom* del rock en español llegó junto con el TLC. Volviendo

Al hipismo, es conocida la anécdota de Leobardo López, quien realizó uno de los mejores documentos filmicos sobre el movimiento, *hippie* politizado, versión mexicana de los *yippies* gringos, sugirió que en una marcha que estaba por realizarse, en lugar de gritarle a los soldados los manifestantes les pusieran flores en la punta de sus fusiles, obviamente su sugerencia no tuvo eco, pero ahí quedó el recuerdo, como una muestra de la participación de sectores influenciados por los movimientos contraculturales de la época.

Se vivía una especie de doble realidad, o doble vida, donde algunos brigadistas y sectores importantes de las bases de apoyo sintetizaban sus actividades políticas con sus deseos de cambiar "el aquí y el ahora" cotidianos. Transformar la vida política del país era perfectamente compatible con la subversión de la familia autoritaria; con la crítica a la Iglesia retardataria; con la superación de las relaciones sexuales especulativas y utilitarias; con la creación de nuevas formas de vida alternativa. Al mismo tiempo que en los mítines, asambleas y marchas se coreaban las demandas que le dieron identidad política al movimiento, entre las bases se vendían carteles, revistas o botones con consignas de ese movimiento estudiantil subterráneo, de esa otra cara del movimiento.

"Estado, no piensas, luego insistes. Si se siente bonito lo hago. Irse juntos es bonito, venirse juntos divino. Soy enemigo del Estado...de gravidez. Prefiero una ex-presa a una fresa. La virginidad produce cáncer, vacúnate", etcétera. Las frases mostraban la presencia de inquietudes diferentes a las que hegemonizaron las mantas, las pintas, los volantes, los carteles y los discursos del movimiento en general. En muchos estudiantes coexistían la cultura proveniente de la izquierda tradicional con la contracultura el rock con la música de protesta; las demandas sociopolíticas con las culturales, aunque, hay que reconocer, que la presencia de esas búsquedas radicales, gérmenes de movimientos sociales de un futuro inmediato, fueron marginales y siempre subordinadas a las demandas democratizadoras del movimiento.

Especulando un poco, podríamos decir que el movimiento estudiantil le resultaba impredecible al Estado: era entrópico. El Estado no podía recurrir a la negociación en privado con sus dirigentes, cuando las bases y los propios dirigentes exigían diálogo público. No había posibilidades de ejercer la corrupción acostumbrada. Ni siquiera podía pensarse en un descabezamiento del movimiento que había producido, en un tiempo relativamente corto, un buen número de cuadros sustitutos. ¿De dónde venían estas posturas tan firmes y ajenas a la relación corporativa con la que el Estado mexicano trataba a la oposición: cañonazo de 50 000 pesos, cooptación o represión? La subjetividad juvenil de la época estaba cargada de críticas a la cultura

Política priista, a la revolución institucionalizada con sus líderes corruptos (Fidel Velázquez) o sus opositores funcionales (Lombardo Toledano), a la represión selectiva de los dirigentes sociales no cooptables (las aprehensiones de Campa, Vallejo, Siqueiros...el asesinato de Rubén Jaramillo).

Además del repudio a la forma de hacer política del partido oficial, algunos sectores del movimiento le dieron sustrato a su rebeldía y fueron creando una ética alternativa a partir de sus héroes provenientes

de la contracultura sobre todo rockera. La firme defensa de los puntos de vista, la exigencia de una consecuencia entre el decir y el hacer, el temor a caer en las posturas decadentes de los viejos, el culto al "aquí y ahora"...eran parte de una constante preocupación externada en las declaraciones de los miembros de grupos de rock que, por aquellos años, cantaban a la rebeldía sin límites, criticaban al *establishment* y a la sociedad de consumo aunque sus discos formaran parte de ella. Para muchos era más conocidos y admirado Lennon que Lenin.

Y el gobierno golpeó en donde dolía. El movimiento se alargó demasiado; el Estado buscó separar a las dirigencias de las bases para asociar a su manera, en privado; tal vez por eso, una de sus primeras decisiones, en que mostró su endurecimiento, fue cerrar los centros escolares desde donde se coordinaba la actividad política estudiantil. Optó por tomar la Universidad y atacar las unidades más importantes del Politécnico. Quiso crear una élite dirigente separada de sus bases con quién negociar a espaldas del estudiantado. El propio CNH cayó en la tentación de querer de crear un Comité Central dentro del CNH. La actividad, la creatividad y la fuerza de las brigadas se redujo al mínimo. En las escuelas técnicas volvió la desconfianza y se pensó que los líderes iban a "transar" y el gobierno a reprimir; los dirigentes no cedieron pero la represión sí se dio.

El fin de fiesta, una bofetada sangrienta de un Estado paternalista y autoritario, eso fue el 2 de octubre. La muerte oscureció las experiencias recientes plétóricas de vida. La atmósfera cambió notablemente. Entre la tristeza y la autocrítica, se colaban los sentimientos de culpa que llegaron con el derramamiento de sangre. La gran base de apoyo juvenil se redujo notablemente, su parte más politizada y radicalizada se acercó a los sectores más politizados de la izquierda. Y lo que parecía apuntar hacia el nacimiento de una nueva izquierda se convirtió en el renacimiento de la vieja izquierda.

La historia comenzó a reconstruirse a partir de la tragedia. Se olvidó la fiesta y los recuerdos se solemnizaron. Conforme las versiones más sectarias de la izquierda fueron hegemonizando lo que quedaba del movimiento estudiantil, comenzaron los filtros partidarios a privilegiar la historia desde la óptica de los partidos. Para muchos de ellos

lo que había faltado era disciplina, organización, programa y centralismo. Demasiada fiesta, demasiadas demandas pequeño-burguesas, demasiado individualismo, demasiados *hippies*, demasiado poder a las bases... Y así comenzó a construirse una historia sectaria del 68. El lado vivencial del movimiento también fue relegado a segundo término; el rock les parecía imperialista, había que ser austero y cantar canciones panfletarias. La formación, otrora abierta y heterodoxa, se fue reduciendo a la lectura de manuales soviéticos o del catecismo rojo de Mao.

Para que la izquierda estatista y ortodoxa tomara las riendas de los restos del movimiento estudiantil, tuvo que existir un vacío y una incapacidad de los activistas que surgieron con el 68 para mantener y defender sus posiciones democráticas, pluralistas, antiautoritarias, antiestatistas y anticorporativas. Pero también podríamos conjeturar que la ola democratizadora se topó con una arraigada cultura priísta, introyectada en grandes sectores de la población estudiantil, parte inconsciente de la cultura política inclusive de los propios partidos de izquierda. Por ello, en su reflujó, el movimiento estudiantil no pudo superar las instituciones, la subjetividad y el imaginario que prohibaba el partido oficial.

Habría que reconocer que el democratismo del movimiento estudiantil del 68 y su crítica al Estado de la revolución institucionalizada cimbró, pero no destruyó las bases del corporativismo mexicano. Tocó y mostró el verdadero rostro de la cultura política del régimen, pero no profundizó en su crítica ni sistematizó sus alternativas. La izquierda no se renovó. Más que una nueva izquierda surgieron nuevas versiones de la vieja izquierda, con las tradiciones centralistas y antidemocráticas (De la Garza, 1988:46) que formaban parte de esa vieja cultura política criticada en el momento más combativo del 68.

Entre París y California

Si nos centráramos en el sector politizado de izquierda y sus lecturas acabaríamos abordando el movimiento estudiantil sólo desde la perspectiva del Mayo francés y de los intelectuales de la Europa continental. Si cerráramos el círculo a ciertos militantes provenientes de sectas y partidos, no cabría ni la más remota posibilidad de pensar en las influencias que tuvo el movimiento estudiantil norteamericano sobre el mexicano. Acabaríamos reduciendo las influencias teóricas a Herbet Marcuse (1968), Jean Paul Sartre⁷ y a Carlos Marx.

⁷Porque en México no se publicaron las posiciones más críticas e innovadoras movimiento estudiantil francés. Se publicó un libro con intervenciones de Daniel Cohn

La visión de la izquierda que acabó hegemonizando lo que sobrevivió del 68, le dio especial importancia a los textos escritos más que a las influencias visuales y auditivas de los medios de comunicación masiva y, dentro de esos textos a los manuales soviéticos o sus versiones nacionales para la formación de los activistas. Pero ampliando el ámbito de la observación a los sectores de escuelas técnicas, matantes de base, preparatorianos y estudiantes de vocacional al margen de las versiones sesgadas de ciertos militantes partidarios, uno constataba la enorme influencia del movimiento estudiantil norteamericano, de la contracultura norteamericana e inglesa y del modo de vida y las canciones de los grandes grupos de rock de la época.

Era la época en que los medios masivos de comunicación bombardeaban las cabezas de un nuevo segmento del mercado, los jóvenes de clase media. Periódicos, cine, carteles, comics, radio, televisión y discos eran medios y artefactos culturales que internacionalizaban las luchas de los jóvenes en el mundo y sus nuevas posiciones ante la vida. Los jóvenes vivíamos con los pies en México y la cabeza en el Berkeley, en Trafalgar Square o en el Barrio Latino de París. Era tal la influencia de los masas media, que muchos conocieron el movimiento antirracista de los negros estadounidenses a través del enorme cartel de Angela Davis o por las canciones de Miriam Makeba, la compañera del activista norteamericano Stokely Carmichael. Rius era más leído, que el *Capital* de Marx. En aquella tradición propia de nuestra cortina de nopal, entraba información de todo lo que pasaba en el mundo, aunque salía poca; así supimos de los enfrentamientos entre policías norteamericanos y los activistas contra la guerra de Vietnam. En la televisión aparecían los reportajes sobre las irreverencias de los Beatles ante la aristocracia inglesa. Se escuchaban y se traducían algunas letras de los Rolling Stones que eran verdaderos himnos a la agitación callejera como *Street Fighting Man*. Se leían los poemas de Allen Ginsberg y se seguían las acciones de los *yippies* norteamericanos. Las películas inglesas mostraban una juventud que vivía y gozaba de libertades que no existían en el país. Se escuchaban los programas de Carlos Monsiváis en Radio Universidad y se veían reiteradamente las películas de Charles Chaplin. Así se fueron formando y alimentando

Jaiques Sauvageot, Alain Geismar, Jean-Pierre Duteuil (1969) un año después del 68. En él no «s-recen textos de otros grupos de la nueva izquierda como los situacionistas o las posiciones de Daniel Cohn Bendit que formaron parte de su polémico escrito titulado, *El izquierdismo, medio a la enfermedad senil del comunismo* (1968), en abierta alusión y polémica con el «-!mo de los partidos de la vieja izquierda. A ciertas editoriales les incomodaba ese Tcjalismo que, desde aquellos años, ya ponía en duda al marxismo-leninismo de los países con ir socialismo burocrático y autoritario.

las mentes receptivas de ese amplio sector de apoyo juvenil al movimiento del 68.

Además de la cultura rápida y predominantemente visual de los medios masivos de comunicación, nos dábamos tiempo para leer otras cosas. Desde los extraños bestsellers de la época como *El tercer ojo*, *El retorno de los brujos* o *El mono desnudo* hasta un acervo de autoras tan disímboles como Hermán Hesse, León Felipe, Marx, Bakunifc Eldridge Cleaver, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Artaud, Mao, Guevara, José Agustín, Franz Fanón, Wright Mills, Monsiváis, Mailer, etcétera. Así entre libros y nuevos medios de comunicación se creó la cultura y se activó el imaginario social donde prendió rebelión.

El movimiento estudiantil mexicano recibió influencias del movimiento estudiantil francés, de la contracultura, de los héroes del pop inglés y de los movimientos estudiantiles y contraculturales norteamericanos. Asumió sus especificidades, creó sus demandas de acuerdo con las características del enemigo y manifestó su singularidad que sólo podían ser comprendidas conociendo la historia mexicana del siglo, la Revolución Mexicana y su institucionalización, el régimen de partido único, el Estado corporativo y la débil sociedad civil de la época.

Siendo consecuente con el objetivo de este ensayo y con sus críticas al sectarismo, no me queda más que reivindicar los trabajos visiones múltiples sobre el 68 o aquellos que, en caso de analizar un problema particular con un enfoque particular, no pretendan erigirse en el trabajo, el ensayo globalizador o en la neta teórica que cierra un debate. Aunque todos los trabajos e investigaciones deben ser bienvenidos, ojalá se comience a dejar de reproducir esa tradición heredada de la crítica que potencia el sectarismo y las visiones parciales de cualquier fenómeno social. Faltan temas a tratar, hacen falta investigaciones sectoriales (por escuelas, por ejemplo); estudios desde la óptica de la psicología social; nuevas fuentes de investigación; estudios comparativos o de aspectos inexplorados del movimiento estudiantil...hace falta cerrar círculos y ciclos, a de que, ojalá, en el futuro, sean retomados, revisados o rebasad» ideales, las formas de lucha y organización, los valores, las actitudes, los modos de vida... que un día asumimos para tocar la zanahoria cósmica de la utopía.

Bibliografía

- Agustín, J. (1970). *La contracultura en México*, Grijalbo, México.
- Arriaga, D. y Zenzes, C. (1988). "Que hablen los que faltaron", en *Vía Libre*, No 9, oct., México.
- Arriaga, D. (1989). *Testimonial 1968, La Jornada*, México.
- Cohn Bendit, D. (1968). *El izquierdismo, remedio a la enfermedad senil del comunismo*, Einaudi, Turín.
- De la Garza, E. (1988). "1968: pasado presente", en *Casa del Tiempo*, No 79, sep-oct., México.
- De la Garza, Ejea y Macías (1986). *El otro movimiento estudiantil*, Editorial Extemporáneos, México.
- Escudero, R. (1978). "El movimiento estudiantil: pasado y presente", en *Cuadernos Políticos*, No 17, jul. sept, México.
- Estrada, G. (1969). *El movimiento estudiantil en la UNAM, 1958-1968*, Tesis, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- Cilabert, C. (1993). *El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*, Miguel Ángel Porrúa-Intituto Mora, México.
- González de Alba, L. (1971). *Los días y los años*, Era, México.
- Jardón, R. (1998). *El fuego de la esperanza*, Siglo XXI editores, México.
- Jarusek, H. (1968). *El hombre unidimensional*, Editorial Joaquín Mortiz, México.
- Jarusek, H. (1970). *Días de guardar*, Era, México.
- Paz, O. (1971). *Posdata*, Siglo XXI editores, México.
- Poniatowska, E. (1971). *La noche de Tlatelolco*, Era, México.
- Quiroz, J. (1988). "Que veinte años no es nada", en *Casa del Tiempo*, No 79, sep-oct., México.
- (1986). "Conversaciones con un militante imaginario del otro movimiento estudiantil. Y algunas notas sobre el marco cultural de un movimiento, que hoy es parte de un pasado muy pasado y muy remoto", en la revista, No 16, sep-dic., México.
- Rivero, J. (1988). "Anónimo 68. Hasta la cirrosis siempre", en *Vía Libre*, No 9, oct., México.
- Rivero, J. (1969). *El movimiento estudiantil en México, julio diciembre de 1968*, Era, México.
- Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968*, Siglo XXI editores, México.
- Zermeño, S. (1969). *La rebelión estudiantil*, Era, México.
- Zermeño, S. (1988). "Pensar el 68", en *Nexos*, No 121, enero, México.
- Zermeño, S. (1978). "1968-1978", en *Vuelta*, No 23, oct., México.